

UN LIBRO DE DESCUBRIMIENTO DE AB

Creciendo como Un bebé

ROSALIE BENT

Creciendo como Un bebé

por
Rosalie Bent

Primera publicación: 2025

Derechos de autor © Rosalie Bent

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación, transmitida en ninguna forma, por ningún medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o de otro modo sin el permiso previo por escrito del editor y del autor.

Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, o con hechos reales es una coincidencia.

Título: Creciendo como un bebé

Autora: Rosalie Bent

Editor: Michael Bent

Editorial: AB Discovery

© 2025

www.abdiscovery.com.au

Tabla de contenido

Capítulo 1: Un mundo que nunca se apresuró.....	5
Capítulo 2: Un nuevo amigo	8
Capítulo 3: Aventuras juntos	11
Capítulo 4: Dolores de crecimiento.....	13
Capítulo 5: Una pijamada juntos.....	15
Capítulo 6: Amigos bebés, especiales juntos.....	17
Capítulo 7: Creciendo juntos como pareja	20
Capítulo 8: Una boda para bebés	23
Epílogo: Juntos, por siempre pequeños	26

Capítulo 1: Un mundo que nunca se apresuró

En este mundo, crecer era opcional. Algunos niños optaban por caminar, hablar e ir a la escuela temprano, mientras que otros se entretenían en la suavidad de la infancia, disfrutando de la comodidad y la seguridad de un mundo diseñado para manos pequeñas, mantas suaves y cuidados delicados. El tiempo no exigía progreso y los hitos eran meras sugerencias. Aprender a ir al baño podía esperar años, incluso décadas, y el género no lo dictaba la biología. Lo decidían los padres, a menudo en consulta con el niño, pero generalmente con la sabiduría del amor y el cuidado.

La madre de Kelly había tomado su decisión con cuidado. Cuando Kelly nació, pequeña y tranquila, con el cuerpo de un niño, su madre decidió con dulzura que Kelly sería criada como una niña.

"Tu corazón sabe más que tu cuerpo", susurró, acunando a la pequeña recién nacida en sus brazos. Su padre asintió con una suave sonrisa. Juntos, criaron a Kelly en el género que había elegido con vestidos, cintas suaves, voces dulces y un mundo lleno de cuidados, no de instrucción.

Desde el principio, también habían tomado otra decisión... Kelly seguiría siendo un bebé durante el tiempo que necesitara.

«Algunos niños crecen rápido», había dicho su madre. «Otros necesitan tiempo. Kelly, puedes seguir siendo pequeña, siempre que te haga feliz».

Esta decisión significó que Kelly no tendría que aprender a ir al baño, ni a caminar antes de tiempo, ni ir a la escuela con niños de su edad. En cambio, permanecería en la guardería que sus padres habían elegido, un lugar diseñado para quienes prosperaban en la comodidad de la infancia.

La lactancia materna, insistía su madre, no era solo nutrición. Era una fuente de consuelo, de conexión y de crecimiento emocional.

Aunque muchos niños ya eran alimentados con biberón a esta edad, la madre de Kelly había decidido seguir amamantándola.

“Tienes derecho a que te cuiden”, le había explicado a su esposo. “Algunos niños se destetan pronto, otros más tarde. No hay prisa”. Kelly, incluso a sus trece años, aún sentía la calidez y la seguridad del cuidado de su madre de una forma que la mayoría de sus amigas de la guardería ya no sentían.

No todos los padres tomaron las mismas decisiones. A algunos niños se les había animado a crecer, a caminar, hablar e ir a la escuela a la edad estándar. Otros habían permanecido como bebés, como Kelly, pero eran alimentados con biberón o se les mezclaba con niños mayores. Y el género, en este mundo, era fluido. El cuerpo de un niño no dictaba su identidad y los padres lo guiaban con delicadeza, a veces adaptándose a medida que surgía su personalidad. Los niños podían ser criados como niñas, las niñas como niños, y aquellos cuya identidad no estaba clara podían explorar libremente, siempre con apoyo.

Kelly sabía que era diferente. Era una de las pocas en su guardería que aún tomaba solo el pecho, que aún gateaba en lugar de caminar de un lado a otro, que aún era tan pequeña que incluso los bebés más pequeños la superaban en altura. Y, sin embargo, en este mundo, estaba a salvo. Tenía sus mantas, sus peluches, sus túneles y áreas de juego favoritos, y la certeza del amor de sus padres.

Mientras gateaba por las suaves esteras esa mañana, se detuvo al borde del área de juegos y miró a su alrededor. Había niños pequeños chapoteando en el agua, bebés apilando bloques, algunos niños mayores caminando con cuidado por los pasillos acolchados. A cada niño se le permitía crecer, o no, según sus necesidades y la guía de sus padres. El género, el tamaño, las habilidades e incluso el destete eran cuestiones de elección. Kelly, por ahora, era una niña en un cuerpo diminuto, aún alimentada por el pecho de su madre, aún una bebé en un mundo que comprendía la belleza de permanecer pequeño.

Y, sin embargo, incluso en un lugar diseñado para la comodidad y la aceptación, Kelly sentía una pequeña curiosidad

tácita. Era consciente de su cuerpo, de las diferencias entre ella y otros bebés, y de las preguntas susurrantes de la pubertad. ¿Para qué servía?, se preguntaba a veces. ¿Qué le sucedería al crecer, si es que alguna vez crecía? Pero esos pensamientos eran silenciosos, como suaves ecos en una habitación cálida y segura. Por ahora, se conformaba con gatear, jugar y ser exactamente como era.

Este era un mundo sin prisas, sin presiones. Y Kelly, abrigada con el amor de su madre, pudo seguir siendo exactamente como necesitaba ser.

Capítulo 2: Un nuevo amigo

El sol de la mañana se filtraba suavemente por las ventanas de la guardería, iluminando las colchonetas pastel y los coloridos túneles donde jugaban los niños. Kelly acababa de terminar su biberón y gateaba por el suelo blando hasta el área de juegos, rozando con sus manitas los juguetes que conocía y los bordes del área de juegos acolchada. Le encantaban esas mañanas, cuando la habitación estaba tranquila y silenciosa, los demás niños llegaban lentamente y todo se sentía seguro y cálido.

Ese día, había alguien nuevo. Una figura pequeña y tímida había aparecido en la entrada, guiada por dos miembros del personal. Kelly se detuvo, observando con sus ojos abiertos a la recién llegada. La niña era pequeña, tan pequeña que casi parecía flotar sobre el suelo. Su cabello oscuro le caía suavemente sobre los hombros y sus ojos reflejaban una cautelosa curiosidad.

—Hola —dijo Kelly suavemente, acercándose—. Soy Kelly.

La chica levantó la vista, sobresaltada, y entonces una pequeña sonrisa vacilante se dibujó en su rostro. «Soy... Belinda», susurró. Su voz era apenas un murmullo, delicada y cautelosa, como si estuviera probando si era seguro hablar.

El pequeño corazón de Kelly dio un vuelco. Había algo familiar en Belinda, algo que la hizo sentir inmediatamente a gusto. Extendió una mano, con la palma abierta sobre la alfombra.

“¿Quieres jugar?” preguntó.

Belinda dudó un momento y luego asintió. Lentamente, se arrastró hacia adelante, colocando su pequeña mano en la de Kelly. Los miembros del personal sonrieron discretamente desde cerca, notando la conexión instantánea entre ambos.

El resto de la mañana transcurrió entre risas, carreras a gatas y exploración compartida. Las niñas se aventuraron juntas por los túneles, una al lado de la otra, rozándose las manos al sortear esquinas y curvas. Kelly le mostró a Belinda sus escondites favoritos,

y Belinda, tímidamente, le mostró una manta suave que había traído de casa.

Durante la merienda, se sentaban juntos en las colchonetas, compartiendo juguetes y bloques pequeños. Incluso jugando , Kelly no podía evitar notar las similitudes entre ellos. Ambos eran bastante pequeños para su edad, ambos se comportaban de forma infantil y aún dependían del cuidado y la guía del personal.

"¿Te gustan los bloques?" preguntó Kelly, apilando dos cubos uno encima del otro.

Belinda asintió con entusiasmo. "¡Sí! ¿Construir más?"

Juntos, construyeron torres, las derribaron y las reconstruyeron. Cada derrumbe fue seguido por carcajadas que resonaban suavemente por la habitación. En esos momentos, Kelly sintió algo que nunca antes había sentido: consuelo y confianza, combinados con la emoción de descubrir a alguien que comprendía su mundo a la perfección.

Más tarde, durante el descanso, las niñas se acurrucaron en una colchoneta suave, una al lado de la otra, bajo una manta compartida. Kelly les dio un suave empujón con el hombro. Belinda se apoyó en ella en respuesta, cerrando los ojos brevemente. La calidez del contacto, la seguridad compartida de la manta, llenó a Kelly de una alegría silenciosa y silenciosa.

El personal observaba sin interrumpir, reconociendo que algo excepcional había comenzado, una verdadera compañía, cimentada en el cuidado y el consuelo mutuos. En este mundo, donde crecer era opcional y se permitía a los niños permanecer en la infancia el tiempo que necesitaran, amistades como esta eran apreciadas.

Kelly miró a Belinda, rozando con sus deditos el borde de la manta. Aún no sabía cuánto duraría esta amistad ni adónde la llevaría, pero de una cosa estaba segura: quería compartir su mundo, sus rutinas y sus días con Belinda. La comodidad de gatear juntas, de descubrir túneles y zonas de juego juntas, era una alegría que nunca antes había experimentado.

Y a medida que el sol de la tarde comenzó a calentar la habitación, las dos niñas, pequeñas y frágiles pero audaces a su

manera, continuaron explorando juntas, dos bebés en un mundo que les permitía permanecer pequeñas, seguras e infinitamente curiosas.

Capítulo 3: Aventuras juntos

A la mañana siguiente, Kelly se despertó con la suave luz del sol que se derramaba sobre su cuna. Bostezó, estiró sus bracitos y de inmediato pensó en Belinda. El recuerdo de los juegos y las risas susurradas del día anterior aún le calentaba el pecho. Gateando rápidamente por las suaves colchonetas, llegó al área de juegos, y allí estaba Belinda, explorando una hilera de túneles coloridos.

"¡Buenos días!" llamó Kelly suavemente.

Belinda se giró, con una sonrisa tímida floreciendo mientras saludaba. "Buenos días... Kelly".

Sin dudarle, las chicas se tomaron de la mano y se adentraron juntas en los túneles. Una al lado de la otra, gatearon, sus diminutos cuerpos deslizándose por las curvas con una facilidad innata. De vez en cuando, chocaban hombros o se rozaban las manos sin querer, y estallaban risas que resonaban a través de los tubos de colores brillantes.

"¡Eres muy rápida!" exclamó Belinda mientras Kelly corría hacia una alfombra de salida suave.

Kelly rió y esperó a su amiga. "¡Podemos ir juntas! ¡Toma mi mano!", dijo, y salieron del túnel una al lado de la otra. La pequeña emoción de moverse juntas, explorar y compartir estos descubrimientos era algo que Kelly no había experimentado antes.

De los túneles, pasaron a las piscinas de juego, donde el agua salpicaba suavemente sobre el suelo acolchado. Kelly y Belinda se metieron con cuidado en las piscinas poco profundas, buscando con sus manitas juguetes flotantes. Construyeron torres con bloques de espuma, derribándolas con alegría y reconstruyéndolas con silenciosa determinación.

"¡Lo tiraste!" exclamó Kelly riendo.

Belinda rió, cogiendo un bloque. "¡Luego reconstruimos! ¡Juntos!"

Juntos, apilaban bloques cada vez más alto, ayudándose mutuamente a equilibrar las piezas. Cuando las torres se

derrumbaron, se tomaron de la mano y rieron, sus voces se mezclaban como campanillas. En esos momentos, Kelly sintió una calma y una seguridad inusuales. Estaba justo donde pertenecía, con alguien que la comprendía por completo.

Más tarde, cuando el personal trajo mantas y colchonetas suaves para un breve descanso, las niñas se acurrucaron una al lado de la otra. Belinda las arropó con su mantita y Kelly apoyó la cabeza en el hombro de su amiga. Susurraron suavemente, compartiendo pequeños secretos sobre sus juguetes y lugares favoritos en los túneles.

"Me gusta gatear contigo", dijo Kelly en voz baja.

Belinda sonrió, apartándose un mechón de pelo de los ojos. "Yo también... tú lo haces más divertido".

Para el personal que observaba, era un día cualquiera en la guardería. Pero para Kelly y Belinda, algo extraordinario había comenzado, una compañía que iba más allá del juego. Descubrían confianza, seguridad y alegría en la presencia mutua. La conexión entre ellas era sutil pero innegable, un entendimiento tácito de que, pasara lo que pasara, enfrentarían el mundo juntas, una pequeña aventura a la vez.

Mientras el sol de la tarde se filtraba por las ventanas, las dos niñas regresaron a los túneles, cogidas de la mano, riendo, explorando y gateando juntas. En este mundo donde crecer era opcional, donde el cuidado y la comodidad primaban sobre la independencia, Kelly había encontrado a su primera amiga de verdad. Y para Belinda, fue lo mismo: una compañera que se movía a su ritmo, comprendía su mundo y compartía la magia de mantenerse pequeña, segura y con una curiosidad infinita.

Al terminar el día, Kelly sintió una calidez vibrante en el pecho que nunca antes había sentido. No era solo felicidad. Era pertenencia, conexión y la tranquila certeza de que, al menos por hoy, estaba exactamente donde debía estar.

Capítulo 4: Dolores de crecimiento

El tiempo pasó, aunque para niñas como Kelly y Belinda fue diferente. Cronológicamente, ya eran adolescentes, pero en todo lo demás —su tamaño, sus juegos, sus rutinas— seguían siendo bebés. La guardería seguía siendo su mundo, y los túneles, los juegos infantiles y las colchonetas acolchadas les parecían tan mágicos como siempre.

Sin embargo, algo estaba cambiando. Kelly lo notó por primera vez una mañana, mientras gateaba por las suaves alfombras para saludar a Belinda. Sentía su cuerpo diferente, extraño de maneras que no entendía. A veces sentía una opresión en el pecho y una sensación extraña, y era consciente de cambios en la parte inferior de su cuerpo —erecciones— que la despertaban curiosidad y la avergonzaban un poco. Nunca le habían enseñado sobre estas cosas, y no había libros para niños como ella.

—Belinda... —susurró mientras estaban sentadas juntas apilando bloques de espuma—. Algo... se siente raro.

Belinda ladeó la cabeza y frunció el ceño. "¿Raro, por qué?"

—No... no entiendo... mi cuerpo —murmuró Kelly, bajando la mirada—. A veces... se pone... raro.

Belinda lo pensó un momento y luego extendió la mano para tomar la de Kelly. "Yo también", dijo en voz baja. "Es... confuso. Pero creo que es normal... ¿quizás?"

Las dos chicas permanecieron en silencio un momento, tomadas de la mano, inseguras pero reconfortadas por la presencia de la otra. Incluso en la confusión, estar juntas lo hacía menos aterrador. Su amistad siempre se había basado en la confianza, y ahora esa confianza se convertía en un salvavidas mientras sus cuerpos empezaban a cambiar de forma sutil y confusa.

Durante el juego, a veces notaban estas extrañas sensaciones. Kelly se detenía a mitad de gateo, con la mente distraída, y Belinda extendía la mano, rozando la de su amiga con la suya para tranquilizarla. El personal notaba los momentos de vacilación, pero

los interpretaba como incertidumbre infantil normal, más que cualquier otra cosa. Después de todo, a los niños en este mundo se les permitía ser pequeños, y los adultos a su alrededor priorizaban el consuelo y la guía sobre las explicaciones.

La lactancia materna seguía siendo una fuente de seguridad, no solo de nutrición. Kelly descansaba en el pecho de su madre durante breves descansos, dejando que el calor y el ritmo calmaran la confusión que sentía. Belinda hacía lo mismo con su cuidadora, y a veces se sentaban juntas, bebiendo tranquilamente, cepillándose las manos, encontrando consuelo en la familiaridad del ritual.

A pesar de las pequeñas perplejidades de la pubertad, Kelly y Belinda encontraron maneras de mantener sus aventuras. Arrastrándose por túneles, apilando bloques, chapoteando en pozos de agua poco profundos, continuaron moviéndose y jugando juntas, aprendiendo a gestionar sus sentimientos junto con la curiosidad por sus cuerpos cambiantes.

A veces, después de las siestas o los momentos de tranquilidad, Kelly susurraba: “No entiendo esto... pero me siento segura contigo”.

Belinda asentía, sonriendo suavemente. «Yo también... lo resolveremos juntas».

Y juntas lo lograron. En un mundo donde crecer era opcional, donde el género era fluido y donde la infancia podía durar tanto como fuera necesario, Kelly y Belinda encontraron no solo amistad, sino también consuelo, comprensión y un espacio seguro para explorar las nuevas y extrañas sensaciones que acompañaban al cuerpo en crecimiento. Aunque fuera confuso, nunca estuvieron solas.

Capítulo 5: Una pijamada juntos

Era una tarde tranquila en la guardería. El sol se colaba por las ventanas y pintaba manchas doradas sobre las suaves colchonetas y los túneles de juego. Kelly y Belinda habían pasado el día gateando, construyendo torres y chapoteando en las piscinas poco profundas. Ahora, era el momento de un capricho especial: una pijamada organizada por el personal para niños muy amigos.

Kelly sintió una punzada de emoción mientras gateaba hacia el rincón de la manta suave donde Belinda ya estaba sentada, abrazando a su peluche favorito. Se detuvo, notando una vez más las extrañas sensaciones que a veces le producía su cuerpo: opresión, calor, confusión. La ponía un poco nerviosa, pero ver a Belinda le facilitaba la respiración.

Belinda levantó la vista y sonrió tímidamente. "¡Estás aquí!"

—No me lo perdería —susurró Kelly, acercándose y acurrucándose junto a su amiga.

El personal había preparado colchonetas suaves, mantas y almohadas para las niñas. Compartían una manta, arropada por dentro para que sus pequeños cuerpos se mantuvieran calentitos y cómodos. Kelly extendió la mano instintivamente, rozando con sus dedos la mano de Belinda. Belinda tomó la mano de su amiga con suavidad, sujetándola con serenidad y seguridad.

—Se siente... bien —murmuró Kelly, casi un susurro—. Estar tan cerca.

Belinda asintió. «Sí... a salvo».

Durante un rato, hablaron en voz baja sobre sus momentos favoritos del día: los túneles, las torres de bloques, las salpicaduras del pozo de agua. Luego, cuando el silencio se apoderó de la sala, Kelly dudó antes de volver a hablar.

—Belinda... a veces siento mi cuerpo... raro. No... lo entiendo —dijo en voz baja, girando ligeramente su carita hacia su amiga.

Belinda le apretó la mano suavemente. «La mía también. Es... confuso. Pero estamos juntos. Eso ayuda».

Kelly sintió una oleada de alivio. Aunque no comprendía del todo su cuerpo, ya no se sentía sola. Se dio cuenta de que, por muy confusas que se pusieran las cosas, siempre podía contar con Belinda para consolarla.

Las niñas se acurrucaron en la manta, acurrucándose muy juntas. Susurraban chistes, compartían historias sobre sus juguetes favoritos y reían en voz baja cuando un peluche se volcaba o una torre de bloques se caía. El mundo fuera de su manta parecía lejano. Allí, eran simplemente dos bebés, pequeñas y cuidadas, explorando la amistad, la confianza y los primeros indicios de una profunda conexión emocional.

Mientras la habitación se quedaba en silencio y los demás niños se quedaban dormidos, Kelly apoyó la cabeza cerca del hombro de Belinda. Sintió una calidez y seguridad nunca antes experimentadas. Las extrañas y confusas sensaciones corporales seguían presentes, pero parecían más leves y manejables, porque no las enfrentaba sola.

Belinda susurró suavemente, casi para sí misma: “Lo resolveremos... juntos”.

Kelly sonrió, y las palabras le calaron hondo. «Juntos», repitió.

Bajo el suave resplandor del sol de la tarde, dos amigas se acurrucaron bajo una manta compartida, reconfortadas por la presencia mutua. En un mundo donde crecer era opcional, donde cada niño podía avanzar a su propio ritmo, Kelly y Belinda habían descubierto algo extraordinario: la confianza y la alegría de saber que, por muy confuso o extraño que fuera el mundo, o sus propios cuerpos, lo afrontarían juntas.

Capítulo 6: Amigos bebés, especiales juntos

El sol calentaba esa mañana y se filtraba sobre las alfombras de juego mientras Kelly entraba a la guardería. Belinda ya la esperaba, sentada sobre una manta suave cerca del área de juegos. Al ver a Kelly, se le iluminaron los ojos y extendió su manita.

—¡Hola, Kelly! —dijo Belinda con voz llena de silenciosa emoción.

Kelly se acercó con entusiasmo y tomó la mano de Belinda. "Hola... ¿Quieres ir primero a los túneles?"

Belinda asintió y juntos comenzaron su aventura matutina. Mientras exploraban, algo nuevo había empezado a crecer entre ellos: un vínculo tierno y tácito que se sentía diferente a las amistades de otros bebés. Se reían más, compartían juguetes sin que nadie se lo pidiera y a menudo se tomaban de la mano mientras pasaban del área de juegos al túnel, de los bloques a las colchonetas.

El personal lo notó. Intercambiaron sonrisas discretas. «Están formando algo... una camaradería especial», dijo uno.

Otro añadió: «Es como su propia versión de las citas. Dos bebés que aprenden lo que significa cuidar a alguien de forma constante y deliberada».

Kelly y Belinda no sabían exactamente qué significaba "salir". Pero entendían el deseo de estar juntas, sentirse más felices juntas y anhelar la comodidad de la presencia mutua. A veces compartían una manta durante el descanso, rozándose los hombros, tomándose de la mano y susurrándose. Disfrutaban de pequeños rituales como ofrecerse bloques primero, esperar a que la otra atravesara un túnel o reírse entre dientes cuando se salpicaban accidentalmente en el pozo de agua.

A la hora de la merienda, Kelly le pasó a Belinda su bloque favorito. Belinda sonrió y le entregó un pequeño peluche a cambio. Estos pequeños y tiernos intercambios eran la forma en que las dos

bebés demostraban afecto, una forma de amor que sus padres y cuidadores comprendían y fomentaban.

Durante la siesta, las niñas se acurrucaron bajo una manta compartida. Kelly apoyó la cabeza ligeramente en el hombro de Belinda. "Me gusta estar contigo", susurró.

Belinda extendió la mano y acarició la manita de Kelly. "A mí también me gusta estar contigo... siempre".

En este mundo, donde los bebés podían seguir siendo bebés todo el tiempo que necesitaran, su vínculo era totalmente apropiado. Los padres comprendían que estas conexiones, aunque diferentes a las relaciones adultas, eran la base de la confianza, el amor y la seguridad emocional. Los pequeños gestos, los abrazos y las rutinas compartidas de los bebés se reconocían como las primeras expresiones de apego que algún día podrían convertirse en una amistad más profunda y, con el tiempo, en una compañía para toda la vida.

A medida que transcurría la tarde, Kelly y Belinda seguían explorando, jugando y descansando juntas. Su risa resonaba suavemente por la guardería, sus pequeñas manos rozándose una y otra vez , un recordatorio constante del amor que estaban construyendo.

A pesar de las pequeñas confusiones que les causaban sus cuerpos cambiantes, con Kelly notando a veces sensaciones extrañas que aún no entendía y Belinda observando sentimientos similares, las dos niñas se apoyaban mutuamente para consolarse. Tomadas de la mano, compartiendo mantas y riendo entre risas ante pequeños contratiempos, estaban aprendiendo algo profundo: que el amor podía ser tierno, cariñoso y totalmente compatible con los bebés que aún no habían nacido.

Para cuando el sol empezó a ocultarse, Kelly y Belinda estaban acurrucadas de nuevo, cansadas pero felices. No necesitaban palabras para describir lo que sentían. Su cercanía, su alegría compartida y su confianza mutua eran suficientes. A los ojos de los padres y cuidadores, esto era amor : inocente, tierno y perfectamente adaptado al mundo que habitaban.

Y para Kelly y Belinda, fue todo.

Capítulo 7: Creciendo juntos como pareja

Los días en la guardería habían tomado un ritmo tranquilo, pero algo nuevo había empezado a florecer para Kelly y Belinda. Ya no eran solo amigas. Se habían vuelto inseparables, una pequeña pareja que se movía junta, jugaba junta y descansaba una al lado de la otra.

Una tarde, el personal sugirió un plan especial: una pijamada supervisada para las dos compañeras más cercanas. El corazón de Kelly se aceleró al meterse en el rincón mullido preparado para ellas, con las colchonetas y mantas preparadas solo para ella y Belinda. Belinda ya estaba allí, alisando con sus pequeñas manos la manta compartida.

—Hola —susurró Kelly, acercándose arrastrándose.

Belinda me contactó de inmediato. "Hola... ¿Lista?"

Se acomodaron juntos bajo la manta, con las cabezas casi tocándose y las manos rozándose mientras ajustaban sus posiciones. El personal sonrió discretamente, notando la naturalidad con la que ambos se habían adaptado a estar siempre cerca. Para los adultos, era evidente. Esta era la versión infantil de una pareja romántica entre dos bebés cuyo cuidado, consuelo y alegría se fundían el uno en el otro.

Por la noche, las niñas exploraron nuevas rutinas juntas. La hora del baño fue una aventura compartida: se reían mientras el agua tibia les rozaba el cuerpo, se pasaban toallitas suaves y chapoteaban con cuidado, riéndose de los más mínimos contratiempos. Se tomaban de la mano al entrar y salir de la bañera, y al terminar, el personal las envolvía en una toalla grande y suave.

"Es divertido... hacer esto contigo", susurró Kelly, apoyándose en el hombro de Belinda.

Belinda sonrió, apartándose un mechón de pelo mojado de la cara. «Me gusta estar contigo... todo el tiempo».

Incluso la hora de dormir seguía el mismo patrón de unión. Sus cunas estaban colocadas una junto a la otra, con una manta grande compartida sobre ambas. Se acurrucaban suavemente entre las suaves mantas, compartiendo peluches y murmurando en voz baja sobre las aventuras del día. Sus manos permanecían unidas, un recordatorio constante de la cercanía que sentían.

Los padres notaron el vínculo de inmediato. La madre de Kelly observó cómo los ojos de su hija se iluminaban cada vez que Belinda gateaba cerca. El padre de Belinda vio con qué naturalidad las niñas se consolaban mutuamente, y sus pequeños gestos reflejaban cariño, cariño y devoción. Tras una breve conversación, los padres coincidieron en que esta era la versión bebé de una pareja. Su amor era inocente, tierno y totalmente compatible con el de los demás bebés.

Aunque la pubertad trajo consigo momentos de confusión, sensaciones extrañas en el cuerpo de Kelly y una ligera conciencia de las diferencias entre ella y Belinda, se consolaban mutuamente. Belinda apretaba la mano de Kelly, murmuraba suavemente o compartía un suave abrazo, haciendo que las sensaciones confusas parecieran más pequeñas y manejables.

Al final de la velada, acurrucados juntos bajo la manta compartida, Kelly susurró adormilada: "Me alegro... de que estemos juntos".

Belinda sonrió con somnolencia. "Yo también... para siempre".

El personal y los padres observaban en silencio, con el corazón lleno de alegría. En este mundo donde crecer era opcional, donde los bebés podían seguir siendo bebés indefinidamente, Kelly y Belinda habían descubierto algo extraordinario. La compañía más profunda posible. Eran una pareja, un equipo, y a los ojos de los adultos que las cuidaban, la versión infantil de una pareja romántica, con rutinas compartidas, pijamadas y la tierna y constante presencia de alguien que las amaba profundamente.

Y para Kelly y Belinda, nada más importaba. Juntas, estaban a salvo, felices y con un consuelo infinito, descubriendo el verdadero

significado del apego, la confianza y el amor en un mundo que les permitía seguir siendo exactamente quienes eran.

Capítulo 8: Una boda para bebés

El sol brillaba suavemente a través de las ventanas de la guardería mientras el personal se preparaba para un día especial. Kelly y Belinda, ahora inseparables, estaban a punto de celebrar un hito único: una "boda", un tierno reconocimiento del profundo vínculo que habían forjado. No una boda como la entendían los adultos, sino una ceremonia que reconocía que los dos bebés eran ahora oficialmente una pareja, una pareja a los ojos de sus cuidadores y padres.

Kelly se arrastró hasta el rincón decorado, rozando con sus manitas las suaves cintas y los peluches dispuestos como un pequeño pasillo. Belinda ya estaba allí, con aspecto tímido pero emocionado, agarrando su manta favorita. Cuando sus miradas se cruzaron, sonrieron ampliamente y se tomaron de la mano.

El personal les explicó con amabilidad lo que estaba sucediendo. «Hoy celebramos su amistad y su amor. Estarán juntos como pareja, cuidándose y compartiendo sus días».

La madre de Kelly se arrodilló junto a su hija, cepillando su cabello suavemente. "Belinda y tú siempre se han cuidado mutuamente. Hoy, simplemente reconocemos lo especial que es eso".

El padre de Belinda asintió, sonriendo. «Hoy es su día, pequeños. Son una pareja, y estamos orgullosos de su vínculo».

La ceremonia fue sencilla pero cálida. Los bebés se tomaron de la mano mientras el personal les colocaba delicadamente cintas suaves sobre los hombros, simbolizando su conexión. Gatearon por un pequeño túnel decorado con flores, uno al lado del otro, riendo con los giros y vueltas familiares. Los peluches se alineaban en el pasillo, y al llegar al final, el personal anunció: «Kelly y Belinda, ahora son oficialmente pareja. Que siempre se cuiden y compartan sus días».

Los bebés aplaudieron con alegría y luego gatearon directos a su parque de juegos favorito. Tras un día de túneles, bloques y risas, llegó la hora del siguiente ritual: la hora de dormir.

Esa noche, las dos se acurrucaron en la misma cuna, cubiertas por una gran manta compartida. Se acurrucaron juntas, tomadas de la mano y susurrando suavemente sobre el día. La calidez de la presencia de Belinda alivió las pequeñas confusiones que Kelly aún sentía sobre su cuerpo.

"Eres mi compañero bebé", susurró Kelly.

Belinda sonrió soñolienta. "Tú también eres mía... para siempre".

A la mañana siguiente, compartieron rutinas: la hora del baño juntas, alimentarlas juntas, el personal atento y delicado les cambiaba los pañales. Cada gesto era una expresión de su vínculo. Kelly le dio a Belinda su toallita favorita, y Belinda le ofreció un juguete a cambio. Incluso en los momentos más breves, su amor y compañerismo eran evidentes.

Los padres observaban con orgullo. Los bebés eran inseparables, se apoyaban, se consolaban mutuamente y prosperaban en un mundo que les permitía seguir siendo bebés sin dejar de desarrollar vínculos emocionales. Para los forasteros, podría parecer inusual, pero en esta sociedad, era natural, enriquecedor y celebrado.

A medida que los días se convertían en semanas, Kelly y Belinda continuaban con sus rutinas juntas: pijamadas, juegos, baños, comidas y abrazos. Cada día se acercaban más, una pareja en todos los sentidos, y sus padres, el personal y ellas mismas reconocían su vínculo. La pubertad siguió trayendo consigo pequeñas confusiones y curiosidades, pero siempre suavizadas por la confianza y la comodidad de su vida compartida.

Y así, en un mundo donde crecer era opcional, Kelly y Belinda vivieron como siempre habían deseado: juntas, a salvo y profundamente amadas. Su "boda" no fue un paso hacia la adultez, sino una celebración de su compañerismo, una promesa de afrontar

Creciendo como Un bebé

la vida en equipo y el comienzo de un viaje para toda la vida juntas ,
alimentadas, cuidadas y apreciadas juntas.

Epílogo: Juntos, por siempre pequeños

Pasaron los años, aunque el tiempo se sentía diferente en el mundo de niñas como Kelly y Belinda. Cronológicamente, crecieron. Eran adolescentes según el calendario, pero en todo lo demás, seguían siendo bebés: pequeños, amamantados, cuidados y seguros. Sus días continuaban con el ritmo tranquilo que siempre habían conocido, gateando por túneles, apilando bloques, chapoteando en piscinas poco profundas y explorando áreas de juego acolchadas, uno al lado del otro.

Su vínculo, celebrado en una pequeña "boda" años antes, no hacía más que profundizarse. Compartían cunas durante las pijamadas, se acurrucaban bajo grandes mantas y susurraban suavemente sobre las pequeñas aventuras que vivían cada día. La hora del baño seguía siendo una alegría compartida, llena de risas y cuidadosos abrazos, y la hora de comer era un ritual tranquilo y reconfortante en el que se sentaban uno al lado del otro, apoyados por cuidadores y padres que comprendían la profundidad de su conexión.

La pubertad siguió trayendo pequeñas confusiones: Kelly a veces notaba sensaciones extrañas en su cuerpo, y Belinda experimentaba momentos similares. Pero juntas, afrontaron cada nueva sensación con confianza y seguridad. De la mano, rozándose los hombros, acurrucándose bajo las mantas, todo lo que podría haber sido confuso estando solas se volvió seguro, manejable e incluso reconfortante estando la una a su lado.

Los padres y cuidadores vieron claramente que Kelly y Belinda eran más que amigas. Eran una pareja en todos los sentidos. Su amor era inocente, cariñoso y totalmente apropiado: una expresión constante de cariño, confianza y devoción. Se les permitió permanecer pequeños e infantiles mientras exploraban las

profundidades de la compañía, creando rutinas que entrelazaban sus vidas por completo.

Las mañanas comenzaban con paseos compartidos hasta el área de juegos, las tardes las pasábamos explorando túneles y construyendo torres, y las noches terminaban acurrucados juntos en una cuna compartida. Cada pequeño gesto —ofrecer un juguete primero, tomarse de la mano a través de un laberinto de colchonetas, reír al caer los bloques— era un recordatorio del amor que habían cultivado desde que se conocieron.

Incluso mientras el mundo exterior seguía su curso, Kelly y Belinda prosperaron en un espacio diseñado para ellas. Crecer era opcional y la infancia podía durar indefinidamente. Y en ese espacio, encontraron todo lo que necesitaban: seguridad, alegría y la presencia inquebrantable de alguien que realmente las comprendía.

En la calidez de las suaves mantas, la risa de las salas de juegos y la tranquila intimidad de sus rutinas compartidas, Kelly le susurró a Belinda: "Me alegro... de que estemos juntos".

Belinda se acercó más y murmuró: "Para siempre".

Y así, en un mundo que permitía que los niños permanecieran tal como eran, Kelly y Belinda continuaron sus vidas juntas, siendo bebés, cuidadas por completo y completamente enamoradas. Sus días, sus juegos, sus siestas y sus comidas, entrelazados, formaron la base de una amistad para toda la vida, celebrada por sus padres, apoyada por sus cuidadores y apreciada por las dos pequeñas que se habían elegido mutuamente por encima de todo.

En este mundo, no había prisa. Solo había amor, confianza y el dulce consuelo de ser exactamente quienes eran, juntos, eternamente pequeños.

Si disfrutaste de esta historia muy corta, visita www.abdiscovery.com.au para encontrar una gran variedad de historias, desde cortas hasta muy largas, todas sobre bebés adultos y el mundo en el que quieren vivir.